



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 263-272

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2007.

Entre Lucifer y Prometeo: Marx en la querrela de las interpretaciones

Mariana Canavese

Universidad de Buenos Aires

Podría decirse que el historiador Horacio Tarcus se ha propuesto dar cuenta del espinoso y paradójico tránsito que condujo al marxismo a emplazarse con legitimidad en la escena política e intelectual argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Bastan tres ejemplos para advertir los curiosos inicios de ese recorrido: 1) El primer difusor de las ideas de Karl Marx en Argentina, el belga Raymond Wilmart, enviado por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) para fortalecer la sección local y controlar el peso de los bakunistas, no encuentra lectores para *El Capital* en el Buenos Aires

de 1873, ni siquiera anarquistas. En tres cartas a Marx le informa que “el conjunto de las tres secciones está lejos de ser anarquista—disciplinario en exceso” (89), se queja de los *ex-communards* que tan solo tienen aspiraciones mutuales y hasta se desconcierta al encontrarse en medio de una reunión en la que los miembros de la sección argentina especulan sobre el mercado de tierras. Wilmart concluye que es inviable que un destino revolucionario arraigue en este suelo preindustrial, liberal, plagado de organizaciones corporativas y expectativas de ascenso social: “Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados—escribe—como para que se piense en actuar de alguna manera” (91). Desencantado, se alista para combatir la rebelión del caudillo López Jordán en Entre Ríos y deviene, poco después, en distinguido jurista de la elite dirigente. 2) El primer divulgador local de *El Capital*, Hermann Avé-Lallemant, es también el introductor de la dinamita en la minería argentina y del “socialismo científico” y el primero en delinear un mapa de la provincia de San Luis y una interpretación marxista de la formación social argentina a partir de la lectura de *El Capital* en su edición original; y lo hace desde una ciudad periférica: la San Luis de 1888. Para más, en la interpretación científicista, objetivista y determinista tecnológica del naturalista alemán no hay lugar para la acción política; en armonía con el evolucionismo de la época y con la exégesis teleológica y eurocéntrica de la Segunda Internacional, este “marxista sin sujeto” asevera que “el fomento de la explotación de latifundios es lo que necesitamos” (215). 3) El primer traductor al castellano del Tomo I de *El Capital*—una edición completa y directa del alemán en 1898—, Juan B. Justo, no es precisamente “marxista”, desprecia la filosofía del materialismo dialéctico y cuestiona la teoría de Marx en aspectos medulares: Justo asegura que “ni el salariado es en realidad un contrato, ni la fuerza humana del trabajo una mercancía” (400).

Ciertamente, el pensamiento de Marx llegará a estas costas —amalgamado por momentos con la síntesis entre marxismo y darwinismo de un Enrico Ferri o con el determinismo económico de Achille Loria—y tendrá una importante recepción sin que sea prácticamente leído su *Capital*, esa obra que no tardará en instalarse como una “Biblia del Proletariado”, siempre referida y presente en las

bibliotecas populares, pero que no conquista lectores; incluso el dirigente del Partido Socialista argentino Nicolás Repetto admitía: “Yo confieso, para que se me crea, que no alcancé a leer todo *El Capital* de Carlos Marx, traducido al español por el doctor Juan B. Justo; me resultaba más comprensible el compendio escrito por Gabriel Deville” (373). Y cuando sea leído lo será más como texto de ciencia económica socialista que como crítica de la Economía Política.

Las 542 páginas de *Marx en la Argentina* están destinadas, entonces, a rastrear qué Marx llegaba a la Argentina agrícola-ganadera de fines del siglo XIX, a identificar cómo, para quiénes y contra quiénes era leído y a discernir los modos en que era referido a las condiciones de un capitalismo tardío y una clase trabajadora heterogénea y en formación, tan distante del capitalismo británico y su moderna clase obrera industrial. Tarcus no se propone, pues, escrutar lecturas “correctas” ni usos “adecuados” sino explorar la diversidad de significaciones que se producen en la lectura, recuperando su carácter dialógico, procurando restituir el rol activo del lector y atendiendo a la “lógica del malentendido estructural” que concierne a los procesos de adopción de ideas en un contexto distinto al de su producción original¹. En ese análisis de las primeras “malas” lecturas creativas de Marx en Argentina reside uno de los aportes más significativos de Tarcus para repensar una problemática tan cara a un campo político-intelectual tradicionalmente articulado con las corrientes de pensamiento europeo.

El *Marx* de Tarcus es, así, esencialmente un estudio de historia intelectual centrado en los procesos de recepción de ideas: un análisis sobre la lectura, sus usos, medios, ámbitos y sujetos, una indagación de cómo y bajo qué condiciones sociopolíticas aconteció históricamente en Argentina un proceso—manifiesto a nivel mundial—de difusión de las ideas de Marx: los modos, canales y agentes a través de los cuales ingresó su pensamiento, las formas de interpretación, apropiación y/o rechazo, las operaciones de lectura y su articulación con maneras

¹ Según Pierre Bourdieu, “los intercambios internacionales están sometidos a un cierto número de factores estructurales que son generadores de malentendidos (...) El hecho de que los textos circulen sin su contexto, que no importen con ellos el campo de producción —para emplear mi jerga— del cual son el producto, y de que los receptores, estando ellos mismos insertos en un campo de producción diferente, los reinterpretan en función de la estructura del campo de recepción, es generador de formidables malentendidos”. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba, 1999), 161.

específicas de interpretar la política y la cultura locales. En la línea abierta por las contribuciones que, desde la moderna hermenéutica y desde la crítica literaria, elaboraron Hans-Georg Gadamer y Hans Robert Jauss, en discusión con los postulados de la soberanía del autor y la autonomía del texto y en fuerte diálogo con las investigaciones de José Aricó sobre el marxismo en América Latina, Tarcus parte de la premisa de que el texto no existe por fuera de la historia de sus significaciones: “La historia de *El Capital*—recuerda—es la historia de ciento cincuenta años de querellas en torno a sus interpretaciones” (12). De ese modo, la problemática de la recepción no se restringe a las lecturas de un texto sino que se inscribe en el universo más amplio de las condiciones de posibilidad de las mismas y de las acciones que habilita.

Pero este volumen también puede ser leído como una historia de las primeras ediciones, bibliotecas y librerías argentinas de cultura socialista o como trazos del proceso de constitución de una subcultura obrera marxista, pasible de símbolos tales como el de que un obrero bautice a su hija recién nacida “Socialista Marxista” e inste a que eso conste en las actas de una reunión de comité. O como un relato de las formas locales de organización obrera, tensadas entre el mutualismo y la acción política, y de sus periódicos—entre otros, *El Obrero* (el primero marxista), *La Vanguardia* (mediador clave en la fundación del Partido Socialista argentino) y *La Montaña* (de cuyas páginas ha desaparecido el proletariado y donde se enuncia que sólo son socialistas los que aceptan la Revolución tal como ha sido definida por la sociología moderna). E incluso como un compendio de los itinerarios y las redes político-intelectuales de algunas figuras del socialismo local, un análisis del debate de ideas marxistas en el ámbito de la elite letrada y una reflexión sobre los encuentros y desencuentros entre intelectuales tradicionales, orgánicos y obreros intelectualizados, entre producción teórica y práctica política. Es que *Marx en la Argentina* no puede sino concebirse dentro de un proyecto más vasto. No sólo como la reelaboración en formato de libro de una tesis de doctorado en Historia sino como parte de una tarea que Tarcus viene realizando desde hace más de veinte años en relación con el estudio

del pensamiento y la cultura de izquierdas².

Organizada cronológicamente, esta obra abarca el período comprendido entre la primera recepción de Marx en la prensa nacional en 1871 y su incorporación al naciente campo de las ciencias sociales en 1910. En su interior se distinguen cuatro momentos de la difusión del marxismo en Argentina.

Entre 1871 y 1880 se encuentran las primeras referencias precisas a la vida y la obra de Marx nada menos que en el novísimo diario *La Nación* y en relación con la Comuna de París y la Internacional. Es el momento de la recepción del primer socialismo marxista a través de los emigrados franceses que escapan de la represión que sigue a la caída de la Comuna y que constituyen en Buenos Aires la sección francesa de la AIT. Así, los primeros textos de Marx en circular son los documentos redactados por él para la Asociación y su imagen es entonces la del revolucionario que incita no sólo a la AIT sino también a los acontecimientos de París en 1871.

Entre 1880 y 1890 se manifiesta una recepción de Marx inicialmente articulada alrededor de los exiliados políticos alemanes perseguidos por las leyes “anti-socialistas” del canciller Bismarck y nucleados en la asociación alemana *Vorwärts* fundada en Buenos Aires en 1882. Ésta, siguiendo los principios de la socialdemocracia alemana, constituirá el mayor centro de difusión de literatura socialista internacional en la Argentina de aquellos tiempos, editará durante quince años un semanario en alemán—experiencia de la que Tarcus ofrece la primera descripción sistemática, luego del único estudio proporcionado por Klima³—y promoverá la primera Federación Obrera Argentina. Es el momento de la transición entre el socialismo lassalleano y el de la Segunda Internacional, el paso de los años setenta, en que no había todavía una adscripción teórica a las ideas de Marx por parte de los internacionalistas, a la aparición del marxismo como

² El autor fue uno de los fundadores del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) y ha publicado, entre otros libros, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* y el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Tiene en preparación, además, otros dos volúmenes sobre la presencia de Marx en Argentina que completarán el período que comienza con el socialismo romántico de 1837 y culmina con los debates sobre la crisis del marxismo en la década de 1980.

³ Véase Klima, Jan, “La Asociación bonaerense *Vorwärts* en los años ochenta del siglo pasado”, *Ibero-Americana Pragensia*, VIII (1974): 111-134.

“concepción científica de la historia”, caracterizada por la filosofía de la historia, la fe en el progreso y el determinismo económico, cuando llegue a afirmarse que “el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio que cada día se hacen en mayor escala, tiene que conducirnos necesariamente a la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio” (355).

Entonces, entre 1890 y 1900, la recepción del marxismo como “socialismo científico” converge con el proceso de formación del Partido Socialista Obrero Argentino. Es, también, el período que transcurre entre la primera edición argentina del *Manifiesto Comunista* por el obrero carpintero Domingo Risso—la segunda en América Latina, que inicia una tradición de más de cincuenta ediciones argentinas—y la aparición en Madrid de la traducción de *El Capital* por Juan B. Justo. Dos pilares de la ideología hegemónica, como el científicismo y el evolucionismo, moldean la lectura de la “filosofía dialéctico-materialista” de aquellos años. Del mismo modo que la imagen predominante del “Marx científico” que entrega su saber para la redención social entra en tensión con la figura del profeta, emerge una disputa entre la dimensión científica de su pensamiento y la revolucionaria.

Con la emergencia de un campo académico local de ciencias sociales, se reivindicarán los “núcleos científicos” del pensamiento de Marx, abandonando la dimensión mítico-política. Es el período que cierra este volumen, entre 1895 y 1910, el del pasaje del campo político al académico, del socialismo a la sociología. Se trata de la incorporación del materialismo histórico al incipiente ámbito de las ciencias sociales, en donde la sociología se convierte en la legitimación científica de la doctrina socialista, y del anclaje del marxismo en la gran prensa nacional y en los cursos que dictan, por ejemplo, Ernesto Quesada o Juan Agustín García. Entonces se descubren las tensiones entre Alfredo Palacios, cuando pondera la condena moral del capital en su tesis *La miseria. Estudio administrativo-legal*, y José Ingenieros, que subraya la justificación histórica del capitalismo en nombre del progreso. Pero también aparece un autor ajeno al socialismo, como Carlos Octavio Bunge, que interpela a la teoría del valor de Marx desde sus ideas científicas, elitistas, biologistas y racistas: “Un año de trabajo de un Kant, de un Beethoven, de un

Edison, de un Sarmiento o de un Benavente, vale miles de millones de años del trabajo de un obrero cualquiera, y aun de muchos obreros, y hasta de pueblos, cuando éstos son iroqueses o fueguinos” (464). Finalmente, en el debate con Ferri, quien sostiene que el socialismo es una “flor artificial” en estas tierras, Justo resaltará el carácter capitalista de Argentina y su inserción en el mercado mundial respaldándose en la teoría de Marx y apartándose del evolucionismo marxista para el cual el crecimiento del movimiento obrero internacional sería el “producto natural” de la expansión del capital del centro a la periferia. Sin embargo, en una suerte de discusión por las tradiciones que alimentan el socialismo local, Tarcus señala que el compromiso de Justo con el “realismo ingenuo” ha establecido un “techo filosófico” imposible de superar: “La política editorial así como el conjunto de la vida intelectual del socialismo argentino en el siglo XX fueron sumamente pobres (...) Sin duda el mandato ‘realista’, antifilosófico y anti-teoricista de quien los socialistas han reverenciado durante décadas como ‘el Maestro’ ha jugado un rol decisivo” (388).

Aquello que atraviesa estos cuatro momentos es el derrotero local de Marx, de demonio a “Prometeo del proletariado”, para reaparecer como demonio en el pensamiento de la elite argentina. Esa elipse se advierte ya entre la primera referencia precisa a Marx en el diario *La Nación* en 1871, cuando se sitúan los acontecimientos de la Comuna como obra de la AIT manejada por un moderno Lucifer⁴, y las palabras del obrero Adrián Patroni en *La Vanguardia* de la década de 1890: “Muchos obreros aún adornan sus chozas con estampas de santos y vírgenes, deben arrojar esos mamarrachos y en cambio poner en su lugar el retrato de Carlos Marx, que ha sido el verdadero redentor de la clase oprimida. Cada trabajador debe conservar como una reliquia las obras del gran maestro y seguir con fe el camino que él nos ha trazado, si es que deseamos [de] una vez por todas ser libres” (323).

Marx en la Argentina interviene sobre dos vacíos. Por un lado, la ausencia de un estudio integral, actualizado, erudito pero no sólo para entendidos, sobre la recepción del marxismo en Argentina atento a abrir nuevos interrogantes. Por otro, la paradoja al menos aparente

⁴ “Karl Marx, que gobierna tres millones de obreros, es un verdadero y completo Lucifer, una criatura bellísima dotada de una inteligencia suprema que ha consagrado a la ruina de la humanidad” (71).

sobre el flaco marco teórico local en que amarra hoy la noción de recepción. En relación con esto, el análisis de Tarcus contiene una propuesta metodológica que, remitiendo la recepción al proceso más vasto de producción/difusión intelectual, busca distinguir analíticamente momentos en los cuales se especifiquen actores y espacios: el de la producción, el de la difusión, el de la recepción y el de la apropiación de las ideas.

La búsqueda por recuperar no sólo la malla de las ideas hegemónicas sino también la de aquellas que aparecen como accesorias y contrahegemónicas lo conduce a interrogar tanto los “grandes textos” como los “géneros menores”. En este sentido, la indagación bibliográfica, hemerográfica y archivística, sorteando las conocidas dificultades locales de acceso a las fuentes históricas, resulta en una pormenorizada descripción de la composición y los temas de las publicaciones periódicas, la correspondencia y la folletería de la época, en una puesta en diálogo de textos ya conocidos y en la recuperación de otros ignorados. Es el caso, por ejemplo, de su hallazgo de una copia microfilmada de buena parte de la colección del semanario *Vorwärts* en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata, de sus aportes a la identificación iniciada por Marcelo Segall de los *communards* que arribaron a América Latina⁵ o de las cartas de Wilmart y la sección local de la AIT a Marx y el Consejo General de Londres, conservadas en el Instituto de Investigación Social de Amsterdam, traducidas y publicadas por primera vez en castellano en el apéndice documental que incluye este volumen. Allí se reproducen escritos olvidados, como el homenaje de José Martí a Marx publicado en el diario *La Nación* en 1883, artículos de Bartolomé Victory y Suárez y del joven Ingenieros y la nota de Juan B. Justo a la segunda edición de *El Capital*.

Finalmente, el *Marx* de Tarcus instala algunos puntos para el debate. Por ejemplo, en torno al sujeto de la historia de las izquierdas. Los sujetos de esta recepción son exiliados obreros y artesanos que coinciden con nativos profesionales y estudiantes cada vez más interpelados por la “cuestión social” y por las posibilidades de una “política científica” frente a las rémoras de la “política criolla”. En el

⁵ Véase Marcelo Segall, “En Amérique. Développement du mouvement ouvrier et proscription”, *International Review of Social History*, n° 17, Amsterdam, 1972.

rechazo de un análisis limitado a las figuras canónicas, cultivado tanto por la historiografía liberal como por el revisionismo histórico, pero recuperando la dimensión biográfica que la historia de los grandes procesos ha postergado, Tarcus se concentra, antes que en las masas de esa recepción, en sus sujetos singulares: un enviado político como Raymond Wilmart, un librero socialista como José Momo, un traductor como Juan B. Justo o, incluso, los interlocutores de la elite liberal que, entre la adhesión científica y la aprensión política, aluden a Marx desde la prensa nacional o los claustros universitarios. Por otra parte, convoca a repensar las ideas de “importación” y de “apropiación creativa”. Fue Aricó quien manifestó el perfil eurocéntrico de la traducción latinoamericana del marxismo. En tanto, Tarcus señala que, mientras las tesis de la renta de la tierra, la acumulación originaria y la moderna colonización capitalista podían mostrarse productivas para pensar la formación de la Argentina moderna, ni la teoría marxiana, ni los desarrollos marxistas europeos que le siguieron, mantenían simples correspondencias y posibilidades de aplicación a las condiciones argentinas y latinoamericanas. Sin embargo, contextualizando las lecturas locales en las tensiones europeas de las aproximaciones a Marx y dando cuenta de las interpretaciones practicadas en esta orilla, la operación de Tarcus es la desmitificar las lecturas “periféricas” como tardías, “malas” o meras veneraciones complacientes. Esa temprana difusión y recepción no deja de instalar la pregunta acerca de la posibilidad de hablar de un “marxismo argentino”.

Los interrogantes, las fuentes y los hallazgos que presenta Tarcus componen, sin duda, una contribución al conocimiento crítico de la historia de la configuración de un ámbito intelectual, de sus redes y su despliegue en prácticas de lectura, así como de las condiciones de legitimación de los textos que allí circulan y los sesgos que éstos imprimen a las perspectivas políticas que definen estrategias en el contexto local. Pero también establecen un nuevo jalón para repensar metodológicamente las aproximaciones de los estudios de recepción de ideas, visualizar las batallas por el sentido en un tiempo en que el marxismo se confundía fácilmente con el socialismo y en que aún no había arribado plenamente a su proyección partidario-estatal, y dilucidar qué permanece vivo y qué no en la juntura entre historia y política. Se trata, en fin, de revisar la recepción de Marx en relación con

una inquietud política que se pregunta por el arraigo de las ideas emancipatorias en la cultura.

Trabajos citados

- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Klima, Jan. “La Asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, *Ibero-Americana Pragensia*, a. VIII, Praga, 1974.
- Segall, Marcelo. “En Amérique. Développement du mouvement ouvrier et proscription”, *International Review of Social History*, n° 17, Amsterdam, 1972.
- Tarcus, Horacio. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
- . *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”. 1870-1976*, Buenos Aires, Emecé, 2007.